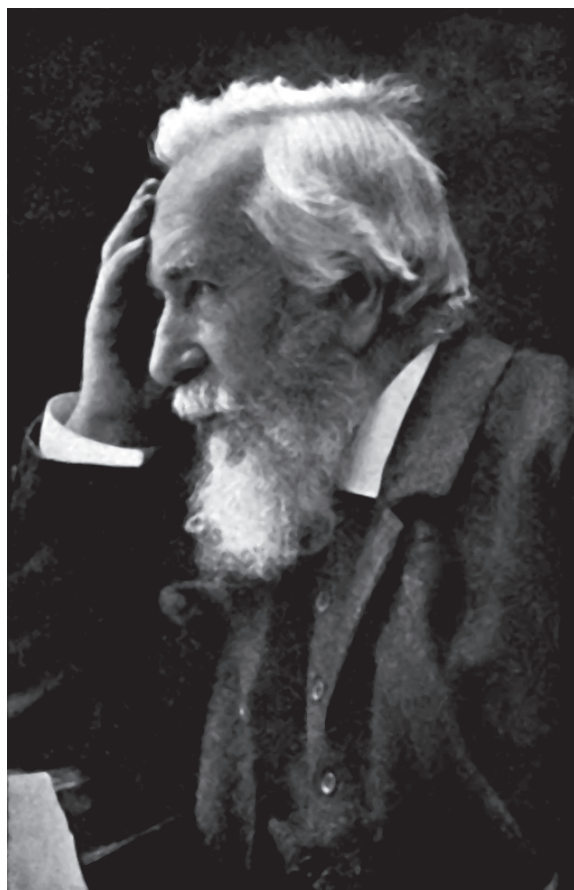


La historia del darwinismo es, sobre todo, la de la apropiación plural de unos conceptos y vocabulario que se originaron a caballo de la Historia Natural, la naciente Biología, la Economía Política y la Filosofía Social. Y fue tan plural que hablar de un supuesto darwinismo social como un corpus único de gran coherencia en el tiempo y el espacio es francamente absurdo. La existencia de cierta afinidad electiva entre darwinismo y liberalismo económico no impidió que se llegaran a elaborar toda una serie de “sociobiologías” —de mayor o menor contenido darwiniano— que apoyaban políticas que se oponían punto por punto a la visión del mundo liberal. De hecho, el darwinismo ha sido repetidamente vinculado —en combinación estrecha con el racismo— con los fundamentos de la ideología nazi; y también parece cada vez más claro que socialistas y anarquistas no hicieron remilgos a la hora de probar las aguas del darwinismo; al menos así fue hasta la Gran Guerra.

¿En qué sentido se puede decir que los anarquistas españoles fueron “darwinistas”? Comencemos por lo que parece más obvio. Se puede afirmar que los libertarios hispanos fueron “darwinistas”, o al menos así lo fueron hasta la I Guerra Mundial, en el sentido que lo fueron durante mucho tiempo buena parte de sus contemporáneos, es decir, eran “evolucionistas”: suscribieron una versión teleológica de la evolución, negaban la creación divina de las especies y afirmaban que el origen de éstas puede ser explicado desde un plano natural. Aquí nos centraremos, sin embargo, en aquello que sin duda generó más problemas para los libertarios: la metáfora darwiniana de la lucha por la existencia y sus posibles interpretaciones. Dicho de otra forma, usos del “darwinismo” —en el sentido laxo del término— que atacaban dos principios básicos del



Ernst Haeckel

ideario anarquista: la convicción de que los hombres eran sustancialmente iguales y la creencia en una Naturaleza como un sistema inherentemente bondadoso y armónico.

A mediados de la década de 1880 se empezó a hacer patente el rechazo de los propagandistas libertarios a algunos usos que estaba adquiriendo lo que llamaban “teoría de la lucha por la existencia”. Más concretamente, luchaban contra la idea que estaban generalizando algunos prohombres del evolucionismo —Ernst Haeckel (1834-1919)— de que las jerarquías sociales no eran más que la proyección de las jerarquías naturales. La modificación o supresión de las primeras, tal como pretendía, el socialismo, establecería un equilibrio “artificial” entre los fuertes y los débiles en la lucha por la existencia que acabaría por llevar a la degeneración de la especie. La respuesta libertaria a tal aserto es bien conocida, y la refleja bien el que probablemente mejor ha estudiado los orígenes del movimiento libertario en España, José Álvarez Junco. No existe tal isomorfismo entre naturaleza y sociedad; la burguesía no ha demostrado ser la más apta en la lucha por la

existencia, sino que compite desde una posición privilegiada.

Pero sobre todo, lo que los anarquistas llamaban “teoría de la lucha por la existencia” tenía un uso potencial todavía más amenazador, ya que la interpretación literal del combate por la vida podía ser utilizada para atacar la imagen de una Naturaleza armónica y providente, verdadero eje fundamental sobre el que los anarquistas edificaban su concepción del contramundo utópico. En realidad, lo que se sustanciaba aquí no era tanto la explicación del cambio evolutivo como la cuestión teodiceica de la presencia relativa del bien y el mal en la realidad social y natural. En realidad, como ha señalado Antonello La Vergata, gran parte de los “darwinismos sociales” de fines del XIX no hicieron sino revivir un tema clave de la Teología Natural del XVIII: la cuestión del equilibrio y el orden de la Naturaleza. Una cuestión que se relacionaba, normalmente, con una interrogación general sobre la bondad de la Creación. En este estilo de pensamiento, los aspectos negativos de la realidad —“males parciales” como el sufrimiento de los seres o el gasto aparentemente inútil de vida— trataron de ser racionalizados y justificados dentro del marco general de un orden armónico y justo.

En este sentido, el pensamiento social del filósofo evolucionista Herbert Spencer (1820-1903), cuyo impacto en las últimas décadas del XIX es difícil de exagerar, responde muy bien a la tesis de La Vergata: él también trató de justificar los aspectos negativos de la realidad social y natural. El sufrimiento y la miseria visibles en la sociedad contemporánea, desde el punto de vista del filósofo inglés, no eran gratuitos. Se derivaban de las leyes de población malthusianas y tenían, en definitiva, un papel positivo porque forzaban a todos los individuos a competir, a luchar, adquiriendo gran parte de ellos una creciente aptitud mensurable en términos de una mayor iniciativa y dominio sobre sí mismo. La crítica al socialismo —y en general a toda forma de intervención del Estado en favor de los débiles— se basaba en el hecho de que alteraba el ritmo y la naturaleza de ese proceso de adaptación. Esa crítica se hace especialmente virulenta en *El Individuo contra el Estado* (1884).

Los anarquistas españoles respondieron a esto, en primer lugar, negando la realidad en el mundo humano de las leyes de población malthusianas: la miseria no era el necesario cortejo de la libre

y “natural” actuación de éstas, sino el fruto de la monopolización de los medios de subsistencia por unos pocos. Pero, en segundo lugar, se acogieron —al menos durante la década de 1880— a la forma más habitual de soslayar los aspectos brutales de la metáfora de la lucha por la existencia, y que, paradójicamente, coincide en gran medida con el espíritu del esquema “spenceriano”: los procedimientos sangrientos han podido jugar algún papel en las fases primitivas del proceso evolutivo pero a medida que nos acercamos a los estadios más avanzados de la evolución humana la lucha se dulcifica o, incluso, se transfiere a otros campos. El civilizado ya no lucha como los animales o los primitivos. La sociedad no es, como la Naturaleza, un campo de batalla donde el progreso biológico se deriva del combate feroz entre individuos. La lucha se convierte en una lucha colectiva de la especie entera contra la Naturaleza; si la guerra se encuentra al principio del camino, la solidaridad —y las formas más elevadas de la moralidad— se encuentran al final de éste.



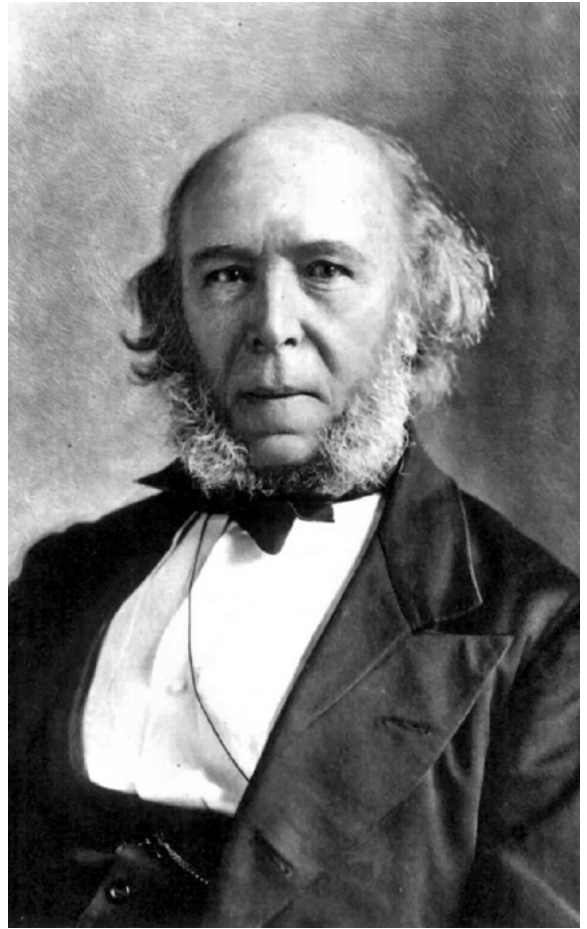
Piotr Kropotkin

Sin embargo, presentar la evolución como un proceso desde las formas más feroces del combate por la vida hasta las formas más elevadas de cooperación plantea inquietantes cuestiones. Si lo anterior, lo primitivo, lo “natural”, puede ser descrito como un conjunto de procesos brutales ¿cómo preservar el lugar asignado a una Naturaleza armónica y providente, auténtico eje doctrinal sobre el que se apoyaba el armazón ideológico de la gran mayoría de anarquistas españoles? ¿Cómo apoyar la gran imagen de un orden natural justo

que se opone punto por punto al caos visible de la sociedad presente? Es aquí donde la referencia al anarquista ruso, Piotr Kropotkin (1842-1921), y su contribución a los debates postdarwinianos sobre ética y evolución se vuelve ineludible.

Kropotkin, en una serie de artículos publicados entre 1890 y 1896 en la prensa inglesa, que dieron lugar posteriormente a un volumen titulado *Mutual Aid a Factor of Evolution* (1902), emprende una crítica acerba de ciertas interpretaciones del darwinismo. Para Kropotkin era claro que la mejor arma en la lucha colectiva que sostienen las distintas especies contra el medio y otras especies era la sociabilidad; los más aptos son aquellos animales que adquieren hábitos de apoyo mutuo. Según el anarquista ruso la lucha entre individuos de la misma especie no puede producir ningún tipo de progreso. Es precisamente en ponerle límites a la competencia malthusiana mediante el auxilio mutuo donde reside la clave de la evolución progresiva. La sociabilidad no solo limita la lucha, sino que estimula grandemente las condiciones de desarrollo de las facultades más elevadas; el apoyo mutuo es el verdadero factor progresivo de la evolución.

Lo cierto es que a partir de principios del XX se empieza a hablar mucho de apoyo mutuo entre los anarquistas españoles. De manera sintética, se puede decir que retuvieron dos aspectos fundamentales de la aportación de Kropotkin: la solidaridad tiene mucho más peso que la lucha por la existencia entre individuos en la Economía de la Naturaleza. El apoyo mutuo –la solidaridad– es el verdadero factor progresivo de la evolución. Es interesante añadir a esto que la mayor difusión de las ideas “kropotkinianas” estimuló una suerte de revisión positiva de la obra de Darwin. Pero el interés fundamental residía en restringir el peligroso potencial de sentido de la metáfora de la lucha por la vida. Se trataba de dotarla de un nuevo significado adecuado, normativo: el combate por la vida debe entenderse ahora como la lucha colectiva de la especie contra los obstáculos del medio. Ello permite articular un eje de discontinuidad entre forma de organización social presente y orden natural; una suerte de contraste simbólico entre una sociedad burguesa en la que los individuos luchan hasta el exterminio mutuo, y un orden natural justo donde las distintas especies animales combaten –mediante la cooperación, la sociabilidad, el altruismo– las dificultades que le opone el medio físico y otras especies.



Herbert Spencer

Por otra parte, la revisión crítica del darwinismo a través de las lentes de Kropotkin tuvo una influencia esencial a la hora de combatir un enemigo interno; la creciente influencia de la filosofía de Nietzsche entre algunos libertarios. No pocos de los debates pivotaban sobre la defensa y ataque del concepto de solidaridad, siendo la correcta interpretación de las metáforas movilizadas en la obra de Darwin uno de los principales caballos de batalla. Los que defendieron el baluarte del principio de solidaridad, lo fundamentaron en una lectura “kropotkiniana” de Darwin. Y es que Kropotkin hizo mucho para allanar incómodas dificultades que pivotaban una y otra vez alrededor de la famosa metáfora de la lucha por la existencia. Se podía decir más confortablemente que existía un darwinismo diferente del de los “darwinistas”, que no era incompatible con el anarquismo. Y no solo eso, sino que permitió identificar aportaciones del naturalista inglés inadvertidas, susceptibles ahora de ser apropiadas para dar legitimidad científica al edificio libertario ▼